

y torna al momento.

MALEC. (*Abatido.*) Voy;
mas de temor lleno estoy.
¡Pobre pueblo de Ismael! (*Vase.*)

MULIM. Me pasma su desaliento,
cuando jamás la fortuna
presentó á la media luna
tan favorable momento.
El celo del islamismo
inflama los corazones
de nuestros claros varones,
que ansian con santo heroísmo
tantas afrentas vengar;
y en justa y reñida guerra
el dominio de esta tierra,
cual valientes, restaurar.
Alá bendice este celo
y nuestra santa intencion,
de lo cual indicios son
esos cometas del cielo,
y esas voces de metal,
que en Velilla han resonado,
y que á España toda han dado
un desaliento mortal.

Llegado es, sin duda, el día
en que de Espadan la sierra
truene y anuncie la guerra,
cumpliendo la profecía
del glorioso desencanto
de Alfatin, que en su bridon
de esmeraldas, el pendon
alzará, del orbe espanto.
En nuestro favor hoy sopla
el viento de la fortuna,
contamos sin duda alguna
con Francia y Constantinopla.
Mi primo, que á Tremecen
rige, sus naves apresta:
la ocasion segura es esta,
¿quién podrá dudarle, quién?
Del Alfaquí las noticias...
¿por qué malas han de ser?...
Yo espero, y lo vais á ver,
que han de sernos muy propicias.
ZEIR. Con Malec hácia aquí viene.

Sale MALEC y ABDALLA alfaquí, con barba
larga de anciano. Sobre el traje moris-
co-español traerá un albornoz blanco;
mostrará el semblante grave y sombrío.

MULIM. (*Con afecto.*)
¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...

TODOS. (*Rodeándole.*)

¡Oh Abdalla!...

ZEIR. ¡Cuán deseado!

MALEC. (*Aparte.*) ¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDAL. (*Con tono solemne.*)
Dios es grande, Dios es grande.
Y aquello que escrito está
sin falta se cumplirá.

MULIM. Cúmplase, pues, lo que él mande.

ZEIR. Abdalla, de tu expresion
y de tu rostro colijo,
y me confundo y me aflijo,
que tus nuevas malas son.

MALEC. Hablad, las nuevas decid...

ABDAL. Dios es grande. Reverente
postrarse debe el creyente...

MULIM. (*Impaciente.*) Pero, ¿qué nuevas?

ABDAL. Oid.

Noble Mulim-Albenzar,
y generosos varones,
víctimas de los pecados
de nuestros claros mayores,
pero que al profeta fieles
y á la gloria de su nombre
ansiáis restaurar su imperio,
que debe regir al orbe:
sin que desaliento siembren
en vuestros pechos mis voces,
atentamente escuchadlas,
y resolved lo que importe.
Pues tal vez cuando más recia
la borrasca el aire rompe,
más cerca está la bonanza
que en bien las desdichas torne.
A veces quiere fortuna,
redoblando los rigores,
de sus predilectos hijos
el temple y constancia noble
probar, y obstáculos nuevos
á empresas altas opone
adrede, porque la gloria
de quien los vence sea doble.
Pasé á Valencia la insigne,
cual sabeis, con intenciones
de recibir las respuestas
que de la francesa corte
y de la imperial Bisancio
esperábamos. Y acordes
el rey Enrico de Francia
y el Gran Señor, sus favores,
y su poderoso auxilio
nos ofrecen.

MALEC. Pues entónces...
con un socorro tan grande...

ZEIR. ¿Qué habrá, dí, que nos asombre?

ABDAL. Ved que sólo con ofertas
ambos príncipes responden;
con ofertas de ayudarnos
cuando el triunfo nos corone.
Pero nada nos envían,

ni armas, ni naves disponen
para empezar nuestra empresa
y romper nuestras prisiones,
que es cuando necesitamos
de amigos y auxiliares.
(*Ligera pausa en que unos muestran abati-
miento y otros indignacion.*)

Esto ya me lo temía
porque conozco á los hombres,
y sé que los abatidos,
los que en duros eslabones
yacen, míseros esclavos,
para dar el primer golpe
no han de contar con más fuerzas
ni con otros valedores,
que con las que da el despecho,
que con los que el cielo pone
en idénticos apuros,
en iguales aflicciones.
Pero no penseis, amigos,
que el corazon me destroe
este primer desengaño;
ni es él, creedlo, quien pone
nuestra causa en duro aprieto,
pidiéndonos hoy á voces
ó resolucion gallarda
ó resignacion conforme.

MULIM. (*Receloso.*) Si la falta de un apoyo,
de que tú mismo dudabas,
no motiva el desaliento
que se pinta en tus palabras,
¿cuál no previsto accidente,
cuál nueva desdicha, Abdalla,
esa dura alternativa
con tal premura nos traza?
¿Desisten las poblaciones
de estas ásperas montañas
(sólo casi por moriscos
favor del cielo, habitadas)
de dar el grito de guerra
que ha de trastornar á España?
¿Por ventura esos prodigios,
que han manifestado clara
la proteccion que los cielos
dispensan á nuestra causa,
y que tú mismo, tú mismo,
tan favorables juzgabas,
se han tornado infausto agüero?
¿Qué ocurre, pues?... dilo, acaba.

ABDAL. No se ha entibiado el aliento
que da vida á estas montañas,
ni la decision valiente
que es honra de esta comarca:
decision y aliento santo
de que impacientes aguardan
su remedio los moriscos,

que pueblan la extensa España.
He recorrido afanoso
en esta rápida marcha
varios valles de estas sierras;
en todos arde la llama
del valor: y Guadalete,
Ayora, Teresa, Ubacar,
Navarrés, la Muela, Murla,
que Alajuár dé el grito aguardan;
porque en tí, Albenzar gallardo,
se cifran sus esperanzas.
Tampoco de mal agüero
pueden ser las señas varias
con que el cielo nos anima
y á los cristianos espanta.
Y la aparicion, sin duda,
de Alfatin está cercana;
pues ya de Espadan los riscos,
segun me informé, presagian
con horrendos terremotos,
y con voces subterráneas,
que un gran prodigio conmueve
sus misteriosas entrañas.

MALEC. Pues ¿por qué, dime, te turbas?...

ZEIR. ¿Por qué, amigo, te acobardas?

ABDAL. Al que tiene interés grande
en una empresa muy ardua,
para los inconvenientes
huye de encontrar palabras,
y esto, amigos, me sucede.

MALEC. Fuerza es que expliques...

MULIM. (*Impaciente.*) Acaba.

ABDAL. Al punto que entré en Valencia
supe... ¡ay de mí!... que llegaban
á todas estas marinas,
cubriendo todas las playas
de Cartagena á Tortosa,
cuantas galeras España
allá en Génova tenía,
y en las costas africanas,
y en Nápoles, y en Palermo,
y en Puerto-Mahon, y en Palma.
Y que numerosos tercios
de Cataluña bajaban
al Maestrazgo; que otros vienen
de Portugal, y que en armas
están cuantas tropas sirven
al católico monarca.
Y ví llegar de la corte,
con despachos y con cartas
de gran reserva, correos,
que se esparcian en varias
direcciones, derramando
ciego terror, muda alarma,
sin que el fin se trasluciese
de prevenciones tan cautas.

Y de Salazar el conde,
varon de régia prosapia,
de carácter inflexible,
cuyo valor y arrogancia
son patentes, como el odio
que profesa á nuestra raza,
llegó á Valencia há dos días,
con la investidura sacra
de supremo comisario
del rey. Y al punto en su alcázar
reunió el cabildo, el acuerdo,
el tribunal de la infausta
inquisicion, los maestros
de los tercios, y otras varias
personas de gran valía,
de nobleza y de importancia.
Y allí se instaló un consejo,
que empezó á obrar sin tardanza,
reasumiendo autoridades
y facultad soberana,
compuesto del mismo Conde,
que lo preside y lo manda,
del marqués de Caracena
Visorey, del Patriarca,
del Comendador mayor
de Castilla en Calatrava,
y del valiente Mexía,
general de ilustre fama.
Y al publicarse estos nombres
y el gran poder que formaban,
las tropas aparecieron
con pendones y con armas,
con mechas la artillería,
y se alzó la horca en la plaza.
El pueblo quedó confuso,
la ciudad toda aterrada,
los ánimos abatidos,
sin que nadie penetrara
de tal trastorno el objeto,
de tanto apresto la causa.
Cuando al sonar mediodía,
aquí el aliento me falta,
desprendióse el rayo ardiente
de la nube encapotada;
vomitó el volcan oculto
sus asoladoras llamas;
lanzó aquel mar borrascoso
el monstruo de sus entrañas,
contra cuantos descendemos
de la estirpe musulmana.

MALEC. ¡Cielos!... Mas, ¿cómo?...

ZEIR.

¿Qué dices?

MULIM. Dejémosle hablar. Acaba.

ABDAL. Publicóse por Valencia,
con repique de campanas,
con gran clamor de clarines,

con ronco estruendo de cajas,
con nunca visto aparato,
con solemnidad extraña,
bando de exterminio y muerte
contra la morisca raza.
(Profunda sensacion en todos los moriscos.)

MALEC. ¡Qué horror!

ZEIR. ¡Qué crueldad!... ¡Oh cielos!

MALEC. De nuestros planes la trama
se ha descubierto, no hay duda.
¿Cómo el secreto?...

MULIM. (Suspense.) No faltan
nunca traidores, y alguno
vendió su fe.— Pero Abdalla,
ese bando que escuchaste,
esa tremenda ordenanza,
¿no será un amago sólo,
una impotente amenaza?
¿No será trueno sin rayo,
cual lo ha sido veces tantas?

ABDAL. Ahora juzgo que no hay medio
de conjurar la desgracia.

En término de dos meses
no ha de quedar en España
ni un morisco. El duro bando
salir al punto nos manda
de esta deliciosa tierra,
que al cabo llamamos patria,
nuestras haciendas vendiendo
y dejando nuestras casas.
Y que seamos conducidos,
¡fiero rigor! entre armas,
cual míseros delincuentes
y sin que excepciones haya,
á los más cercanos puertos,
en donde están preparadas
naves, en que, almacenados,
nos conduzcan sin tardanza,
ni más amparo que el cielo,
á las berberiscas playas.

Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda, ó excuse
un punto cumplimentarla.
Y tambien pena de muerte
al cristiano, que intentara
darnos amistoso auxilio,
ó el amparo de su casa.

MALEC. ¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR. ¡Oh furor!

MULIM. Me ahoga la rabia.

Mas, ¿tendrá efecto tal órden?
dí; ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDAL. El aparato solemne
con que ha sido decretada,
esos tercios, esas naves,

y el ser quien de ella se encarga
el conde de Salazar,
cuyo teson y arrogancia
son proverbiales, afirman
que es cierta nuestra desgracia.
Cuando salí de Valencia,
abatida y aterrada,
ya diversos comisarios
con tropas, se preparaban
á esparcirse en el momento
por todas estas comarcas,
á dar cumplimiento al bando
con celeridad extraña.

Ved ¡ay! cuántas vejaciones
á un tiempo nos amenazan!
La menor es el destierro.
Más duras y más amargas
hemos de apurar... ¡Ay, tristes!
Amigos, consideradlas.

(Muestran todos gran abatimiento.)

Ya tal vez por el camino
viene, y llegará mañana
en medio del aparato
de arcabuces y de lanzas,
el que robe nuestros bienes,
el que manche nuestras famas
y nuestra honra, en las personas
de hijas, esposas y hermanas;
el que nuestros tiernos hijos
nos arranque con las almas;
el que en fin, harto de horrores,
nos saque de nuestras casas,
abrumados de cadenas,
ludibrio de infiel canalla,
y nos conduzca á esas naves
para alejarnos de España.
Ved si con razon me afijo,
ved, pues, si queda esperanza.

MULIM. (Con desesperada resolucion, quitándose
el sombrero.)

Si queda, ¡voto á Alá! Queda la muerte,
que es preferible á tanta desventura;
y arrostrar con valor el trance fuerte,
alarde haciendo de marcial bravura.
Triunfar acaso logran de la suerte
más lamentable, embravecida y dura,
un noble arrojo, un generoso pecho,
y aquel santo furor que da el despecho.
No presentéis cobardes la garganta
al cuchillo, cual tímidos corderos.
En tanto apuro, en desventura tanta,
vuestro antiguo valor cobre sus fueros;
y si el cristiano la soberbia planta
en la noble cerviz ha de ponerlos,
ántes se anegue en un sangriento lago,
y el triunfo compre con su propio estrago.

Resuene en Alajuár el santo grito,
y ecos encontrará por toda España.
De los nuestros el número infinito
arde hace tiempo en vengativa saña.
Este horrendo rigor tan inaudito,
esta persecucion nueva y extraña,
apresure el trazado movimiento;
sea señal del súbito alzamiento.
Sí, nobles y oprimidos musulmanes,
que de España os llamasteis los señores:
tengan honroso fin nuestros afanes,
digno de nuestros ínclitos mayores.
Tremolada en guerreros tafetanes
torne á esparcir gloriosos resplandores
(Agita el sombrero y les señala en el la
media luna de paño azul.)

esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,
que esclavitud y oprobio representa.

(Agitacion general.)

Tal vez, y con razon, el cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
excitar de este modo ha decretado
nuestra resolucion firme y gallarda.
Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda.
O el dominio, ó la muerte en esta tierra.

TODOS. (Con gran entusiasmo.)

Viva, viva Albenzar. Venganza y guerra!

MULIM. (Con dignidad y entereza.)

Basta. Ese grito, heróicos descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.
Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se extienda á Barcelona;
ó en la honrosa demanda, cual valientes
pereciendo, logremos la corona
con que nombre inmortal sólo se alcanza.

TODOS. Viva, viva Albenzar. Guerra y venganza!

ABDAL. (Con fervor.) Bendito por siempre Alá,
y el Profeta sea bendito,
que os inspiran ese grito,
que de victoria será.

Cesó ya mi abatimiento,
pues nacia de temer
que iban mis nuevas á ser
para vos de desaliento.

Mas si produjeron ya
tan noble resolucion,
dichosa fué mi mision.

TODOS. Bendito por siempre Alá.

MULIM. (Calándose el sombrero, y con tono de au-
toridad y de mando.)

Pues, amigos, no perdamos
en accion tan importante
tiempo alguno, y al instante
á ponerla en obra vamos.

El castillo que campea

en ese cerro plantado,
aunque está desmantelado,
nuestro firme apoyo sea.
Malec, sin perder momentos,
ocúpalo con tu gente,
y apresta lo conveniente
de armas y de bastimentos.
Yo tengo oculto un cañon,
que á sus muros subirá,
y en ellos tremolará,
nuestro lunado pendon.
A su abrigo conduzcamos
viejos, niños y mujeres,
nuestros tesoros y haberes,
que así más sueltos quedamos.
Con seis jinetes, Zeir,
de Valencia has de guardar
el camino, sin dejar
á nadie, á nadie venir.
Como no sean moriscos,
que á su santo rito fieles,
vengan á coger laureles
en estos pelados riscos.
En Alajuár sin recato
la alarma se esparza luégo,
truene el escondido fuego,
y que se toque á rebato.
Armas tenemos sobradas
y municiones tambien;
en un oculto almacén
tengo cien picas guardadas,
arcabuces y ballestas,
adargas y coseletes,
dos montados falconetes,
pólvora y balas dispuestas.
Tú, Abdalla, al punto has de ir
á dar de la guerra el grito
por los pueblos del distrito,
y su aliento á dirigir.
Las vecinas poblaciones
su juventud sin tardar
nos envien, á engrosar
nuestras filas y escuadrones.
En Ayora y Navarrés
los castillos se provean,
y bien guarnecidos sean,
que importante cosa es.
MALEC. ¿No fuera bueno empezar
dando fin de los cristianos,
que aunque pocos, tan ufanos
se ostentan en Alajuár?
MULIM. (Con autoridad.)
No, Malec.—Tú mismo dices
que son pocos, y temor
no dan á nuestro valor.
¿Qué pueden los infelices?

Huirán al punto de aquí,
y marchar los dejaremos.
Con noble gloria empecemos
nuestra santa empresa, sí.
ZEIR. Pero al alcalde mayor
es necesario prender.
MULIM. ¿Qué puede un anciano hacer?
Lanzarle será mejor.
ABDAL. Mas es forzoso, Albenzar,
que forastero cualquiera
que hoy llegue á la villa, muera,
para el golpe asegurar.
Cual dije, á dar cumplimiento
al bando terrible, varios
alcaldes y comisarios
de Valencia en el momento
iban, no hay duda, á salir.
Y el que á nuestra villa venga,
fuerza es que la muerte tenga,
si es que hemos de resistir.
MULIM. Eso es justo. El forastero
que ose venir á Alajuár,
si es cristiano, ha de encontrar
la muerte en mi propio acero.
Vamos, pues.
TODOS. ¡Venganza ó muerte!
MALEC. Vamos, pues.
TODOS. ¡Guerra y venganza!
MULIM. Probemos á donde alcanza
nuestra venturosa suerte.

ESCENA III

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y salen FELISA, MARÍA
y CORBACHO.

FELISA. Dejémosle reposar,
pues que se durmió tranquilo.
MARÍA. Tengo ¡ay! el alma en un hilo,
temiéndome algun pesar.
De tal susto y de caída
tan espantosa y terrible,
parece cosa imposible
haber salido con vida,
y malas resultas temo,
aunque esté tan sosegado.
FELISA. Debiera haberse sangrado.
MARÍA. Lo resiste con extremo.
Ya ves que ni aun ha querido
almorzar.
FELISA. Mas se durmió.
CORB. Pues almorzar quiero yo,
que á Dios gracias no he caído.
MARÍA. ¿Conoces ahora, ama mia,
si es leal mi corazón,
y si dije con razon
que don Fernando vendría?
¿Conoces ya cuán cabal

es mi amante?... Loca estoy,
mas esta dicha de hoy,
debiendo ser sin igual,
me la tiene acibarada
de su salud el cuidado,
y el modo tan desastrado
con que ha sido su llegada.
Que es mal agüero en verdad.
FELISA. Yo tal agüero no hallo.
Que se desboque un caballo
es una casualidad.
MARÍA. Y dime, Corbacho amigo,
¿se ha acordado tu señor
mucho, en Flandes, de mi amor?
CORB. Como constante testigo
de cuanto hace, dice y piensa,
puede mi fe asegurarte
que vive para adorarte
y que jamás te hizo ofensa.
Eres tú su único afán
y su solo pensamiento.
Por tí anda papando viento,
hecho un pelele, un bausán.
En el campo, en el cuartel,
en la villa, en el camino,
siempre el mismo desatino
por tí he descubierto en él.
Y dormido te nombraba,
y parece que no habia
más nombre que el de María,
pues á todo lo encajaba.
¿Y al venir? ¡Oh santo cielo!
¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!
¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!
En fin, á tí misma apelo,
porque más precipitado,
ni por desdicha más listo,
estoy cierto, que no has visto
llegar á otro enamorado.
MARÍA. Felisa, soy venturosa.
FELISA. (Melancólica expresion.)
Quiéralo el cielo, María.
MARÍA. ¿Y lo dudas?...
FELISA. ¡Hija mia!
MARÍA. ¿Qué te tiene recelosa?...
FELISA. Nada. Sabes el desvelo
con que amante te crié,
y que siempre pediré
que te haga dichosa el cielo.
MARÍA. (Abrazándola con ternura.)
Lo sé, y que cuando perdí
mi buena madre, al nacer,
Dios me concedió el tener
otra tierna madre en tí.
FELISA. (Profundamente conmovida.)
Mil veces te he repetido

que tu origen...
MARÍA. (Interrumpiéndola con viveza.)
¡Basta, no!
CORB. Almorzar quisiera yo,
que á Dios gracias no he caído.
MARÍA. Dice bien. Anda, Felisa,
y dejemos á la suerte...
FELISA. Hija, voy á obedecerte.
Tu padre viene y de prisa.
(Vase con Corbacho.)
MARÍA. Como con tanta amistad
y cariño á don Fernando
trató mi buen padre, cuando
pasó aquí la enfermedad;
y aquel favor le debimos
con el duque de Gandía,
cuando por la gran sequía
tanto ganado perdimos;
con gran gusto va á saber
que á vernos ha regresado.
Mas, ¡cielos! ¡Qué demudado
llega!... ¿qué podrá tener?...
(Mirando á la puerta.)
Con ese infame Alfaquí
se ha parado en el porton.
¡Qué aspecto! ¡oh Dios! ¡qué expresion!..
Me causa espanto... ¡Ay de mí!
Mas ya viene.

Sale MULIM-ALBENZAR, receloso, pensativo
y agitado, y como hablando consigo mis-
mo. MARÍA le sale al encuentro con ino-
cente alegría.

MARÍA. ¡Padre mio!
MULIM. Fátima...
MARÍA. (Con viveza.) ¡Padre!... María...
MULIM. (Indeciso.) No... que ya ha llegado el día...
MARÍA. (Apresurada.) Dejad ese desvarío.
Sabed...
MULIM. (Con sobresalto.) ¿Qué?... dí...
MARÍA. Que ha llegado...
MULIM. ¿Quién... quién? dime...
MARÍA. El caballero
que hace un año, un mes entero
tuvimos aquí alojado.
El que nos recomendó
al Duque, con celo tal,
que todo nuestro caudal
por su influjo se salvó.
MULIM. (Con muestras de sorpresa y de confusion.)
¿Quién?... ¿El señor don Fernando?
MARÍA. El mismo.
MULIM. (Agitadísimo.) ¿Ha llegado hoy?...
MARÍA. Una hora habrá.
MULIM. ¡Muerto estoy!
¡Oh cielos!... y... dime... ¿cuándo?

MARÍA. (*Turbada.*) Despues de la primer misa
fuíme á la cercana fuente,
cual tu amor me lo consiente,
con mi buen ama Felisa.
Y un caballo y caballero
despeñados ví cruzar
el monte, viniendo á dar
cerca en un despeñadero.
De susto me desmayé,
y cuando á alentar volví,
sin lesion cerca de mí
á don Fernando encontré.
Era el que se habia caído,
y por milagro patente
de riesgo tan inminente
sano y salvo habia salido.
Pero con el golpe y susto
estaba tal, que creí
que al punto traerlo aquí
fuera, señor, darte gusto.
(*Con timidez.*) Perdóname si hice mal.
Como tan alto favor
le debemos...

MULIM. (*Aparte.*) ¡Oh rigor!...
¡Oh compromiso infernal!
(*Alto, con firmeza.*)
¿Está en casa?...

MARÍA. Sí... durmiendo.

MULIM. (*Fuera de sí.*) ¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!
Ha venido á hallar la muerte.
Y yo... ¡destino tremendo!!!

MARÍA. (*Asustada.*) ¡Padre mio!... ¡Oh confusion!

MULIM. (*Precipitado.*) Dime, ¿le ha visto lle-

MARÍA. Todo el pueblo de Alajuár, (gar?...)

MULIM. ¡Oh desdicha!... ¡oh perdicion!
Riesgo corre su persona
si sospechan... Yo el primero
ofrecí que con mi acero...
¿Y perderé una corona?...
(*Resuelto.*) No, es cristiano, es enemigo...
(*Saca un puñal.*)

MARÍA. (*Consternada y deteniéndolo.*)
¡Padre!... esa furia templad.
¿La santa hospitalidad
á un protector, á un amigo
dada, violareis?

MULIM. ¡Ay Dios!

MARÍA. ¿Un Albenzar-eso piensa?
¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?
Volved por vos mismo en vos.

MULIM. (*Confundido.*) Hija mia... se aventura...

MARÍA. (*Con vehemencia.*) Y qué ¿vos, señor, sereis
asesino, y manchareis
vuestra sangre?

MULIM. (*Resuelto, y como volviendo en sí de un
delirio.*) ¡Quede pura!

(*Guarda el puñal.*)

Don Fernando viva, sí.
Sin un instante perder
huya. Ni yo he de saber
que un momento ha estado aquí.

MARÍA. Mas ¿por qué?... ¡Padre!... ¡Señor!

MULIM. (*Con viveza.*) El pueblo airado á matarle
vendrá muy pronto, y salvarle
no podré de su furor.

MARÍA. ¿Por qué? (*Suenan dos tiros.*)

MULIM. (*Sobresaltado.*) ¿No escuchas?

MARÍA. (*Asustada.*) ¿Qué es esto?

MULIM. (*Precipitado.*) Que hoy la morisca nacion
va á vengar tanta opresion,
en que el cristiano la ha puesto.
Que hoy va á decidir la suerte
de nuestra varia fortuna,
y á alzarse la media luna
por lograr...

VOCES. (*A lo léjos.*) ¡Venganza ó muerte!

MULIM. (*Agitado.*) Corre... Mancharme no quiero
la hospitalidad hollando.
Sálvese... Huya don Fernando.
Librame de un crimen fiero.

MARÍA. (*Afligida.*) Su caballo está rendido.

MULIM. (*Apresurado.*) Que tome mi yegua pía,
que á los vientos desafía,
y por el cercano egido
vuele y salga de esta sierra
sin acercarse á poblado;
pues en toda ella está alzado
pendon de...

VOCES. (*Cerca.*) ¡Venganza y guerra!
(*Suena redoble de tambores.*)

Salen muy asustados CORBACHO y FELISA

FELISA. ¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!
El pueblo todo... ¡ay, señor!...
al viejo alcalde mayor...
¡Ay Jesus!... hablar no puedo.

MULIM. ¿Qué dices?

FELISA. Yo no lo sé.

CORB. Un infierno es el lugar.
Me quedé sin almorzar.

FELISA. Las vecinas dicen que...
(*Suenan voces, tambores y trompetas.*)

MULIM. (*Con gran inquietud.*)
¡Hija mia!... corre, vuela.
Sálvese ese caballero...
Mis caballos, mi dinero.
Pronto, y con grande cautela...
(*Vase María.*)

CORB. Serio este negocio va. (*Vase.*)

FELISA. El perro del Alfaquí
corre pálido hácia aquí. (*Vase.*)

MULIM. ¡Cielos!... ¿si se salvará?

Sale ABDALLA precipitado.

ABDAL. ¡Ay! todo está perdido,
si no calmas al pueblo enfurecido
que en aqueste momento despedaza
al alcalde mayor, en esa plaza,
donde la airada muchedumbre crece,
y brama, y armas busca, y se enfurece,
pidiendo en alto grito por venganza
de los cristianos todos la matanza.

Y un rumor ha corrido
de que en tu casa tienes escondido...

MULIM. (*Interrumpiéndole con viveza y enojo.*)
Que haya concierto y órden interesa,
si se ha de conseguir tan alta empresa.
Vamos, amigo, vamos,
y ese ardor y ese aliento dirijamos.
(*Vase.*)
(*Suena ruido de voces, de tambores, trom-
petas, tiros y campanas.*)